

Más alta que la torre en su cuadrante,
sobre la roca atlante
la ruina heroica, indómita, se eleva.

No le es lícito a un hijo de esta España
de esta materna entraña,
contemplar como ruina de paisaje
esa piedra. El Alcázar de Toledo,
el Alcázar sin miedo
al cielo erige el roto paralaje.

¿Dónde buscar la fabulosa traça,
la gloria de una raza,
la redención de un cielo de congojas?
¿Siglos atrás en las historias rancias?
¿Saguntos o Numancias?
No; están aquí calientes, frescas, rojas.

No llóre aquí feliz melancolía
llanto de arqueología,
fría elegancia de Rodrigo Caro.
Aquí se siente el corazón entero
y el hombre verdadero
de esta desolación se forja amparo.

Estas simas volcánicas, tremendas,
esas minas horrendas
no rizaron las frente asediadas.
No ensombrecieron las febriles facés
ni las llamas voraces
ni el retumbo de plúmbeas toneladas.

Ni el espectro acercándose del hambre
ni el diabólico alambre
tentando al coronel Guzmán el Nuevo
con voz filial y tembre de Guzmanes.

Tan sobrios ademanes
ni conoció Tarifa en el medioevo.

Y van pasando los atroces días.
Sarcasmos e ironías
llueven tras de los muros del asedio.

¿Mérida, Guadalupe, Talavera?
Onda, vuela ligera
y ábrete en pechos víctimas del tedio.

También vosotras, sí, madres y esposas,
peleabais con las rosas
puras de fe de las avemariás.
«Reina y Señora, cerca está tu octubre.
Tu manto azul nos cubre.
libéranos. Contamos ya los días.»

Y la Reina lo oyó. Desenterrados
fantasmas delicados
iban surgiendo de su vida tumba.
«Bandera del honor libertadora:
por vivir esta hofa
doy mi agonía, larga y catacumba.»

Y revivieron fastos imperiales.
Palabras inmortales
floreçían en labios verdaderos.
Así se entrega, incólume, la llave
cuando el alcalde sabe
que siglos le contemplan venideros.

¡Oh, ruina del Alcázar de Toledo!
Y q mirarte no puedo,
convulsa flor de otoño, sin asombro.
Vivero de esforzados capitanes,
nido de gavilanes,
huevo de águila: Franco es el que nombro.

Ahí nacieron proféticos sueños,
los sublimes empeños
de una firme y radiante adolescencia.
Y el Tajo, que lo sabe, amansa en paso,
sonoro a Garcilasó,
y el cielo otra vez cabe en su conciencia.

GERARDO DIEGO

(*El Alcázar*, 28 de septiembre de 1943.)

